

y aun los propósitos mas bien cimentados. ¡Este es el corazon humano no nos asombra!

Sin pérdida de tiempo el Adelantado se hizo á la vela en el puerto de Iztapa, y teniendo que tratar y formar asiento de navíos con el Virey de México D. Antonio Mendoza, tocó en el puerto de la Purificacion en la provincia de Jalisco.

Allí tuvo una conferencia con el Virey, y otras varias, hasta que terminados sus asuntos se dispuso á partir.

Cuán cierto es el proverbio que dice: «El hombre propone y Dios dispone.» D. Pedro estaba ya enteramente listo para emprender su marcha de la que esperaba tanta gloria y provecho, cuando al irse á hacer á la vela, recibió una carta de D. Cristóbal de Oñate en que le suplicaba con empeño inmenso, viniera á su socorro, porque estaba á punto de ser desbaratado por los indios apostatas que se habian atrincherado en ciertos peño'es.

El fuego de la caridad, llama sublime que cuando es pura y ardiente toca hasta el cielo, no pudo menos que arder en el corazon de D. Pedro al ver esta carta.

Para nuestra expedicion todo dia es bueno

exclamó, y por hoy, mas nobles é importantes son nuestros servicios auxiliando al necesitado.

Aquel corazon varonilmente formado no lo pensó mucho, y aunque vió el peligro y la contrariedad, al demandarle su auxilio un hermano, no pudo negarse á favorecerlo, y lleno de generosidad emprendió la marcha en su busca.

Los destinos del hombre están y han estado siempre en manos de la Providencia, y es Ella la que sabe muy bien lo que le concede y lo que no le permite ejecutar.

Quizás muy á menudo lamentamos el habernos preparado mucho para algun grande acontecimiento empleando en él la mitad de nuestras fuerzas y de nuestra misma existencia, y sin embargo, aquel acontecimiento que esperabamos con alborozo, no tiene el apetecido resultado, ó bien tiénelo muy al contrario de lo que lo esperabamos.

Este es el curso comun de los hechos de la vida, y no debemos asombrarnos de lo que por ellos pasa.

El Adelantado animado de las mejores disposiciones como hemos podido verlo, pasó á ayudar á Oñate, y en una retirada que hicieron los

españoles viniendo de retaguardia D. Pedro, un caballo que iba adelante cayó y rodando lo atropelló y estropeó de tal suerte, que este fué el principio de la enfermedad que lo llevó doce días despues al sepulcro.

Es muy extraño lo que amenudo se ve haber acontecido con los grandes hombres. Generalmente todos esperamos verlos morir en medio del ardor de un combate en el cual con tanta entereza y valor se les ha contemplado muchas veces; pero no sucede así, y los génios de la conquista, y los prohombres de la situacion política como un Napoleon I y el mismo Napoleon III, acaban su vida ya en una isla oscura y triste de Santa Elena, ó bien machucados por una carretela en Inglaterra, ó como D. Pedro de Alvarado atropellado por un caballo; es que esto estaba determinado por Dios mismo, y los decretos del Señor tienen infaliblemente que cumplirse.

Tan luego como Oñate supo lo acaecido á D. Pedro, no pudo menos que volar á su lado para prestarle todos los servicios que le fué posible, y de lo primero que trató fué de trasladarle cuanto ántes á una poblacion de importancia, donde se le pudieran prestar todos los socorros necesari-

rios para que pronto restablecido del todo, pudiera continuar aumentando, el ya crecido catálogo de sus conquistas.

El punto mas á propósito en que se determinaron llevarle fué á Guadalajara, y una vez allí se hizo en su obsequio cuanto en esas época era posible y conocido.

Se llamaron á los mejores facultativos que entonces habia, y se le prodigaron cuantos recursos presentaba la medicina en aquella época; pero inútil fué todo; el instante de su muerte estaba marcado ya en el relox de la eternidad, y nadie tenia el poder de tocar aquellas manecillas infalibles.

El Adelantado sintiéndose cada día en peor estado, y habiendo sido educado en la sublime religion del cristiano católico; conociendo que su vida se acababa y que lo mas probable era que lo viniese á sorprender el ángel de la muerte, despues de hacer sus disposiciones testamentarias, quiso como fiel creyente recibir los Santos Sacramentos para tomar los mas necesarios viáticos de esa larga jornada.

No nos seria fácil describir el fervor con que á ello se dispuso y lo efectuó, mandando igual

mente que su cuerpo se enterrara en el convento de San.º Domingo de México.

Despues, en su noble corazon se clavó una espina profunda; la de su familia.....su esposa querida D.ª Beatriz á la que no tendria ya el consuelo de volver á ver, y de la que no recibia en aquellos instantes tan sérios y terribles, las caricias y los consuelos..... la imágen de sus hijos idolatrados; de esos pedazos del corazon que no veria ya tampoco; sobre los que se habia formado tan risueñas esperanzas, y de los que tan presto tenia sinembargo que separarse.

Recordaba entonces, cómo el corazon es ciertamente profeta en muchas circunstancias y cuán mal se hace en no oír sus inspiraciones cuando se empeña en darnos á comprender algo; pero hay hombres que como D. Pedro no se pertenecian á sí mismos sino que despues de Dios eran de su patria y de su soberano, y tenian por lo tanto que sacrificar á estos su preciosa vida, y mas aún, sus mas caros afectos y su misma voluntad.

No envidiémos nunca la suerte de los grandes en el mundo, figurándonos algunos instantes de contento y de ovacion en que les vemos, que son muy felices y que pocos pueden equipararse á ellos en su dicha: ¡ay! tras del esplendor del trono se oculta muy á menudo un corazon noble

y generoso, cuyos sacrificios no alcanzan muchas veces mas recompensa que la mas severa crítica, y cuya corona bien que brille con el esplendor del metal y de las preciosas perlas; punza cual si fuera de abrojos, y pesa como como si de plomo fuera!.....

A menudo en su penosa enfermedad pensó D. Pedro enviar un correo á su esposa para avisarla de su triste situacion y tener el consuelo de volverla á ver ántes de su muerte de la que él no dudaba, pues segun comprendia y sentia, era mayor diariamente su gravedad. Sinembargo, aunque sus auxilios y ver á esa familia tan querida le hubiera servido de mucho consuelo, comprendió que la muerte viéndolos y recibiendo sus caricias le seria mas amarga, y entonces se resolvió mas bien á guardar un profundo silencio que hiciese sospechosa su situacion, puesto que teniendo costumbre de comunicarse á menudo con ellos por escrito, no habia duda de que la carencia de esta comunicacion, les haria entrar en una alarma muy natural y precisa.

Por otra parte, ¿con qué fin traer tambien á una familia tan querida con el objeto de venir á presenciar el mas cruel espectáculo? ¿Cómo presentar á sus tiernas hijos un padre moribun-

do, que no podia ya corresponder á sus besos y sus caricias, y que veia sus lágrimas sin poderlas enjugar?

Nó, D. Pedro pensó que era esto demasiado fuerte, y resolvió ocultarselos para evitarles esa pena.

Si el carácter de Doña Beatriz no hubiera sido tan exajerado y vehemente, talvez D. Pedro se habria permitido el consuelo de verla cerca de su lecho de agonía; pero comprendiendo que no hubiera tenido fuerza para presenciar tan terrible espectáculo, se resignó á morir solo, no teniendo á su lado mas que rostros extraños, aunque bien es verdad que todos de personas adictas y que lo veneraban, asi como de fieles súbditos que le querian con todo el entuciasmo del corazon.

Por fin la hora marcada por Dios llegó, y D. Pedro despues de doce dias de crueles dolores y sufrimientos, murió en el seno de sus amigos y rodeado de todos sus adictos servidores.

¡Triste!..... muy triste es contemplar el cadáver de cualquier persona, mas aun si ésta nos es de algún modo querida!... pero cuando se contempla el de un héroe, no puede menos el alma que sentir impresiones de un género escepcional puesto que allí no solo vemos al sér que nos era querido; sino tambien al que con sus esfuerzos y sacrificios supo hacerse grande y conquistar un

nombre que seria inscrito con caratères de oro en las páginas de la historia.

El de D. Pedro de Alvarado muy amenudo lo encontramos, y siempre generalmente rodeado de nobleza y de valor: hé aquí lo único sin embargo que queda de aquel caudillo y conquistador, ¡su memoria!

Mas tiempo es ya de que nos traslademos de nuevo á Guatemala donde tan terrible noticia no puede tardar en llegar llenando de luto los corazones. Vamos á acompañar á Doña Beatriz, para ser testigos de sus lágrimas y de su pesar profundo.

En efecto, la esposa del Adelantado hacia varios dias que se hallaba impasiente y llena de una cruel sosobra no recibiendo cartas ni noticia alguna de su esposo; y su corazon preso de la mas cruel angustia, envano intentaba procurarse algun lenitivo.

Leonor, la hija á quien D. Pedro distingua mas por haber sido ella siempre muy cariñosa con él, amenudo se sentaba cerca de su madre, y con temor y esperanza al propio tiempo, como el que teme tocar ciertos asuntos, y sin embargo necesi-

ta hablar de ellos, así le promovía la conversacion sobre D. Pedro.

—¡Qué larga ausencia, madre mía decíale; larga no ya por el tiempo que ha transcurrido sin que veamos á papá puesto que bien sabíamos lo prolongado y difícil del viaje que iba á emprender; pero sí muy cruel por no haber recibido después de los primeros días, ninguna carta suya. Si otro fuera su carácter, si hubiera apatía en su corazón, esto no nos llamaría la atención; ¿verdad madre mía? pero conociéndole bien, sabiendo el efecto tan noble y grande que nos profesa, y además, la gran consideración que ha tenido siempre por los de su familia, yo no sé como haya podido suceder el que no recibamos ninguna noticia suya!

—¡Oh Leonor, el corazón no engaña!..... la última vez que vimos á tu padre estaba más emocionado que de costumbre, y tanto á él su corazón como á nosotras el nuestro, nos daba avisos extraños que no debíamos haber nunca despreciado.

—¡Pero y qué hubiéramos podido hacer madre querida, cuando los compromisos de honor de un hombre como mi padre, son por otra parte inquebrantables?

—¡No lo sé!..... dices bien, y sin embargo.....

En estos instantes tocaron la puerta, y un sirviente anunció que una diputación ó comición

compuesta de los principales señores civiles y del clero querían hablar á la Señora Doña Beatriz.

La esperanza y el temor se pintaron repentinamente y con igual viveza en el rostro de la esposa de D. Pedro.

—¡Una comición compuesta de lo principal del Estado, y de lo más notable del clero? aquello ciertamente no podía ser nada sencillo sino que por el contrario, segura como estaba de que le debían traer alguna noticia del Adelantado su esposo, comprendió desde luego que esta no podía ser otra, más que la de sus grandes triunfos y conquistas, ó bien la de sus inmensas penas y desastres.

El corazón en la lucha tembló oprimido por las más encontradas impresiones, y si no hubiese sentido tanta impaciencia por tener noticias de D. Pedro, tal vez habría puesto aunque no lo debía, alguna excusa para no recibir á la comición.

—Te deben traer noticias de papá; decía Doña Leonor con mucha animación á su madre.

—Esas noticias justamente son las que me asustan hija mía.

—¿Acaso no las ambicionábamos tanto mamá?

—Ya lo ves, y hoy que llegan no se por qué preferiría no recibir las.

—Siempre te entristeces sin motivo madre mía y temes una noticia desagradable, mientras que

bien pudiera ser como esperarlos debemos, la de sus triunfos y conquistas.

—Dichosa tú Leonor que así pensar puedes... ¡Ojalá y sea yo la que tenga que arrepentirme de mis temores!

Respondiendo así á su hija, dió orden de que la comicion pasase á esperarla á la sala, y mientras se arregló algo el traje y el tocado que en su situacion de angustia habia abandonado del todo, entró la diputacion al salon.

Largos se le hacian á Doña Beatriz los minutos; su corazon ardiente habria querido penetrar en un instante el objeto de aquella comicion oficial. Que se trataba de su esposo el Adelantado no lo podia dudar, puesto que ese acto enteramente civil no podia tener otro objeto; pero su corazon temia, y brilló á la vez en su alma una chispa de esperanza, aumentando su ya inmensa agitacion.

Desde que Doña Beatriz entró á la sala y vió aquella comicion toda vestida de riguroso luto, sintió un golpe de sangre en el corazon que le quitó la respiracion; por los primeros instantes su conmocion fué generalmente conocida.

Despues, haciendo un supremo esfuerzo habló á los comicionados en estos términos:

—Muy respetables señores míos; vuestros semblantes, vuestro traje y la profunda tristeza que se retrata en todo vuestro continente, me tiene helada de espanto. Creo y espero que vuestra visita no tendrá otro objeto que el hablarme de mi digno esposo y Señor, el Adelantado D. Pedro de Alvarado; pero temo cuáles puedan ser vuestras palabras despues de tanto tiempo que no recibo de él noticia alguna.

A estas expreciones se subcedió un profundo silencio.

—Vuestra reserva me llena de mil fantasmas horribles que la imaginacion acrecienta cada minuto más y más (repuso:) ¡hablad por compasion, y sepa yo de una vez la verdad toda!

Entónces el gefe de la comicion tomando la palabra con la voz emoeionada por la fuerza de la impresion y los ojos cubiertos de lágrimas, sin rodeos, puesto que en política estos no se acostumbran, y que oficialmente tenian que hacerse en la ciudad las manifestaciones de pesar por su lamentable pérdida; comunicó á Doña Beatriz todos los detalles ocurridos desde la salida de Guatemala del Adelantado hasta el instante de su muerte, y le reveló esta fatal nueva que ella apenas tuvo fuerza para escuchar.

Al oirla sin consideracion ya de ningun género ó la comicion de los señores, estalló en un llanto tan copioso y amargo, que sus hijos que estaban en las piezas interiores no pudieron menos que venir corriendo á ver lo que le pasaba.

—¡Hijos del alma ha muerto vuestro padre! . . . exclamó Doña Beatriz al verlos arrojándose cubierta de lágrimas en sus brazos.

—¡Ah madre querida! ¿Qué es esto por compacion? . . . repetian tambien los niños presos de una cruel amargura.

Tal espectáculo desolaba el alma y no era posible contemplarlo con indiferencia. Pronto el palacio se vió lleno por todas las principales señoras de la capital que venian á acompañar á Doña Beatriz y á sus hijos en tan terribles circunstancias.

Mas callemos . . . . hay algunas impreciones cuya fuerza es tan grande que las profana la pluma queriéndolas describir . . . . es imposible, y por lo mismo pasando en silencio estos primeros instantes, adelantemos algo el curso de los acontecimientos que despues de este se subcedieron.

Dicen los historiadores que Doña Beatriz en el exceso de su desesperacion mandó desde luego

convertir el palacio en un sepulcro mortuorio, pintándolo todo de negro, interior y exteriormente sin escluir el mas pequeño retrete.

No comió ni durmió algunos dias, ni consentia que tratasen de consolarla; toda era lágrimas, gemidos, voces, gritos, arrebatos y desatinos como si estuviera fuera de si. En fin, era tan estremosa en sus manifestaciones, que esto exedia á toda ponderacion.

Y sinembargo, hay contrastes que no dicen bien con los pesares íntimos, y este se observó sin duda muy pronto en Doña Betriz.

Por nueve dias continuos se hicieron tanto en la ciudad como en las cercanias, exequias magnificas por el Adelantado; pero pasados estos dias de riguroso duelo, Doña Beatriz que parecía no tener ya mas espíritu para nada; mandó llamar á palacio al Obispo, Alcalde y Regidores de la ciudad, y trató con ellos que la eligiesen Gobernadora en lugar del Adelantado su esposo; ¡tristes aberraciones á que la ambicion conduce, y cuanto insultan ellas al verdadero pesar y sentimiento, con un proceder tan indigno! . . . .

En efecto, no obstante la carta del Virey en que se encargaba que un hombre gobernase en